

LA REUNIÓN

FREDERIK POHL & CYRIL M. KORNBLUTH

Harry Vladek era demasiado grande para su Volkswagen, pero también demasiado pobre para cambiarlo, y si las cosas seguían como estaban pasaría mucho tiempo antes que pudiera hacerlo. Frenó con mucho cuidado («el cilindro maestro filtra líquido como un colador, señor Vladek. ¿Cuál es el sentido de reparar sólo la campana?», pero el presupuesto era de ciento veintiocho dólares, ¿de dónde sacarlos?) y estacionó en el elegante sector cubierto de grava. Empujó la puerta; la molesta llamada del doctor Nicholson seguía sonando en su mente. Cerró con llave el coche y se dirigió al edificio de la escuela.

La Asociación de Padres y Maestros de la escuela Bingham County para niños deficientes realizaba su primera reunión de la temporada. Había ya unas veinte personas allí; Vladek sólo conocía a la señora Adler, la directora o propietaria de la escuela. Es de las que necesitan hablar mucho, pensó. ¿Habría alguna posibilidad de verla en privado? Allí estaba ahora, al otro lado del cuarto, sentada muy derecha tras su golpeado escritorio de roble dorado, hablando en voz baja, con su tono rápido, junto a una mujer de cabello gris vestida con un traje sastre color canela. ¿Una maestra? Parecía demasiado vieja para ser una madre, aunque su esposa le había dicho que algunos de los chicos parecían tener veinte o más años.

Eran las 20:30 y los padres estaban aún llegando a la escuela, un edificio remodelado que alguna vez debió ser una casona de campo..., casi una mansión. La sala de estar contenía muchos restos elegantes de aquel pasado. Dos candelabros. Intrincadas hojas de parra moldeadas en la argamasa bajo el caído techo. El hogar de mármol blanco, veteado de rosa, cuyos inadecuados soportes de leña, demasiado baratos y pequeños, lo hacían desdichadamente ostentoso. Roble dorado desde las puertas dobles hasta el salón. Y visible a través de él una desagradable escalera para incendios de cemento y metal. Seguramente, pensó Vladek, han arrancado una hermosa estructura de madera para instalar esa escalera que cumple con las leyes estatales sobre escuelas.

La gente seguía llegando, hombres solos, mujeres solas, y ocasionalmente una pareja. Se preguntaba cómo se las arreglaban esas parejas para solucionar el problema de dejar a los niños. La leyenda bajo el letrero de entrada de la escuela decía: «Una institución para niños con perturbaciones emocionales y daños cerebrales con posibilidades de recibir educación». Thomas, de nueve años, el hijo de Harry, era uno de esos niños con perturbaciones emocionales. Con un dejo de envidia se preguntó si los que tenían algún daño cerebral podían ser dejados al cuidado de algún adulto razonablemente competente. Con Thomas no ocurría eso. Los Vladek no habían podido salir una sola noche desde que el niño cumplió los dos años, y esa noche Margaret estaba en su puesto en el hogar, sin duda preocupada por la llamada del doctor Nicholson, mientras Harry representaba a la familia ante la Asociación.

A medida que el cuarto seguía llenándose, comenzaban a escasear las sillas. Una joven pareja estaba de pie en el extremo de la fila, junto a él, mirando a su alrededor en busca de un par de asientos vacíos.

—Aquí—les dijo—. Yo les hago lugar.

La mujer sonrió con amabilidad y el hombre le dio las gracias. Envalentonado por un cenicero que se encontraba en un asiento vacío frente a él, Harry extrajo cigarrillos y le ofreció a la pareja; pero le indicaron con un gesto que no fumaban. De cualquier modo Harry encendió uno, atento a lo que sucedía alrededor de él.

Todos estaban conversando. Una mujer le preguntaba a otra:

—¿Cómo está de la molestia en la vejiga? ¿Piensan operarla a pesar de todo?

Un hombre calvo hablaba con uno más bajo de tupidas patillas:

—Bien, mi contador me dijo que las cuotas médicas son deducibles si la escuela es para *psicosomáticos*, y no para casos psicológicos. Aún tenemos que aclarar eso.

—Perfecto —dijo el hombre bajo, asintiendo—, pero todo lo que usted necesita es un diagnóstico; el médico recomienda la escuela y remite el niño a ella.

Y una mujer muy joven dijo con intensidad:

—El doctor Shields fue muy optimista, señora Clerman. Dijo que sin duda las tiroides harían a Georgie más accesible. Y entonces...

Un negro cuyo tono de piel recordaba al café y que usaba una camisa hawaiana le contaba a una mujer rolliza:

—¡Se dio un buen golpe este fin de semana; dos puntos en la cara, y me quebró la caña de pescar en tres pedazos!

Y la mujer dijo:

—Se aburren tanto. Mi pequeña dibuja con lápices de colores, yo la ayudo con los libros de colorear. Es sorprendente lo que uno puede hacer.

Finalmente, Harry dijo al joven junto a él:

—Mi nombre es Vladek. Soy el padre de Tommy. Está en el grupo de novicios.

—El nuestro también está allí —dijo el joven—. Se llama Vern y tiene seis años. Es rubio como yo. Quizás usted lo ha visto.

Harry no se esforzó por recordar. Las dos o tres veces que fue a recoger a Tommy luego de la clase, fue incapaz de distinguir un chico de otro en medio del bullicio de la salida. Chaquetas, pañuelos, gorros, una niña que siempre se escondía en el armario de provisiones y un niño que nunca quería volver a casa y se aferraba a la maestra.

—Oh, sí —dijo con amabilidad.

El joven se presentó e hizo lo mismo con su esposa: se llamaban Murray y Celia Logan. Harry se inclinó sobre el hombre para estrechar la mano de la esposa.

—¿Es usted nuevo aquí? —dijo ella.

—Sí. Tommy está en la escuela desde hace un mes. Nos mudamos de Elmira para estar cerca. —Vaciló y luego agregó—: Tommy tiene nueve años, pero está en el grupo de novicios porque la señora Adler pensó que así se adaptaría con mayor facilidad.

Logan señaló con la mano a un hombre bronceado de la primera fila.

—¿Ve a ese tipo con anteojos? Vino aquí desde Texas. Tiene dinero, por supuesto.

—Debe ser un buen lugar —dijo Harry interrogativamente.

Logan hizo una mueca; parecía algo nervioso.

—¿Qué tiene su hijo? —preguntó Harry.

—Ese pequeño pícaro —dijo Logan—. La última semana le traje otra vez el disco *Mi Bella Dama*; creo que ya liquidó cuatro a cinco, y da vueltas alrededor del tocadiscos cantando partes del tema. ¿Pero mirarlo a uno? Eso no.

—El mío no habla —dijo Harry.

—El nuestro habla —dijo la señora Logan con sensatez—, pero no se dirige a nadie. Parece una tapia.

—Sé cómo es eso —dijo Harry, e insistió—: ¿Vern ha..., hmmm..., ha mostrado signos de mejoría desde que está en la escuela?

Murray Logan frunció los labios.

—Diría que sí, sí. Orinarse en la cama no es muy bueno, pero la vida es una gran pulidora en muchos sentidos. Usted sabe, uno no espera cambios repentinos, pero en las pequeñas cosas, día a día, se va puliendo. Puliendo cada vez más. Por supuesto que también hay retrocesos.

Harry asintió, pensando en los siete años de retrocesos y los dos años de preocupación creciente y de irresolución antes de eso.

—La señora Adler —dijo— me contó que, a veces, un brote especial de destructividad puede significar algo así como una nivelación, según la terminología terapéutica. Así el chico lucha y sale adelante en otra dirección.

—Eso también —dijo Logan—, pero yo creo que... Oh, están por comenzar.

Vladek asintió, apagó el cigarrillo y encendió otro sin darse cuenta. Tenía otra vez un nudo en el estómago. Se maravillaba de todos esos padres que parecían tan a salvo, tan bien, tan intocables. ¿Pero acaso no sucedía lo mismo con Margaret y con él? Y así había sido desde que el mundo se había tornado poco confortable alrededor de ellos, aun antes que el doctor Nicholson los empujara a tomar una decisión. Se forzó a reclinarsse en el asiento y a parecer tan tranquilo como los otros.

La señora Adler estaba golpeando el escritorio con una regla.

—Creo que todos los que iban a venir ya están aquí —dijo.

Se apoyó contra el escritorio y esperó a que todos se aquietaran. Era baja, morena, gordita y sorprendentemente bonita. No parecía una profesional competente. No lo parecía, pero su trabajo era ése. De hecho, el corazón de Harry se había conmocionado cuando la correspondencia para admitir a Tommy allí había culminado con el largo viaje a Elmira para una entrevista. Había esperado encontrarse con una dama de cabellos de un gris acerado y anteojos sin armazón, una valquiria enfundada en un guardapolvo blanco como la enfermera que sujetó a Tommy, agitado y gritando, mientras esperaba que el supositorio lo calmara para su primer electro, una desaliñada y vieja *frau*, no sabía por qué. Cualquier cosa, excepto esa joven bonita. Otro camino cerrado, había pensado con desesperación. Otro más, después de tantos fracasos, era demasiado. Primero, «Espere a que crezca». No lo hizo. Entonces, «Debemos aceptar los designios de Dios». Pero él no quería. Entonces dele esta medicación tres veces por día durante tres meses. Y no dio resultado. Entonces dar vueltas durante seis meses con la Tarjeta Clínica del niño para descubrir que sólo era un letrado sobre una puerta y un doctor rotativo que no tiene tiempo para nada. Entonces, después de cuatro tristes y llorosas semanas de búsqueda, la Escuela Estatal de Enseñanza, y descubrir que hay una lista de espera de ocho años. Entonces las escuelas privadas de custodia, y descubrir que cuestan cinco mil quinientos dólares por año —¡sin tratamiento médico!—, ¿y de dónde saca uno cinco mil quinientos dólares por año? Y todo el tiempo alguien haciéndote recomendaciones, como si no lo supieses: «¡Apresúrate! ¡Haz algo! ¡Hay que tratarlo ya! ¡Este es el momento crítico! ¡La demora es fatal!». Y entonces esta pequeña mujer de aspecto suave; ¿cómo podría ella hacer algo?

Ella le mostró cómo con rapidez. Había interrogado a Margaret y a Harry en forma inquisitiva, volviéndose de tanto en tanto hacia Tommy, que recorría el cuarto como si fuera un toro furioso y luego volcaba su rabia en un juego. En tres minutos estaba feliz y contento experimentando con el mecanismo indestructible de un gabinete Victrola y la señora Adler decía a los Vladek:

—No esperen una cura milagrosa. No las hay. Pero mejoras sí, y yo creo que podemos ayudar a Tommy.

Quizá lo hacía, pensó Vladek sombríamente. Quizá ella estaba ayudando mucho más que cualquier otra persona.

Entretanto la señora Adler, con rapidez y amabilidad, había dado la bienvenida a los padres —sugiriéndoles que luego se quedaran a tomar un café para conocerse mejor— y presentando a la presidente de la Asociación, una tal señora Rose, alta, prematuramente encanecida y muy ejecutiva.

—Ésta es la primera reunión de la temporada —dijo ella— y no hay tiempo que perder, por lo tanto vayamos directamente a los informes del comité de trabajo. ¿Cómo anda el problema del transporte, señor Baer?

El hombre que se incorporó era viejo. Tenía más de sesenta. Harry se preguntó cómo sería eso de tener la vida coronada por el último hijo retardado. El hombre llevaba todos los signos del éxito: un traje de cuatrocientos dólares, un reloj electrónico, el gran anillo de oro de alguna fraternidad. Con un tono ligeramente alemán dijo:

—Fui al Consejo Escolar del distrito y ellos no van a cooperar. Mi abogado estudió el asunto y descubrió que todo el problema es una palabra. La ley dice que el Consejo Escolar debe, esa es la palabra, debe, reintegrar a los padres con hijos disminuidos el costo del transporte a escuelas privadas. No lo hace, ustedes comprenderán, pero debe. Fueron muy francos conmigo. Me dijeron que no quieren gastar dinero. Tienen la impresión que toda la gente de aquí es rica.

Un ligero murmullo de risa recorrió el cuarto.

—Entonces mi abogado pidió una audiencia, y comparecimos ante todo el Consejo, y presentamos el caso..., no nos limitamos: reintegros, un ómnibus escolar, todo aquello que pudiera mitigar un poco el costo de transporte. La respuesta fue negativa. —Se encogió de hombros y permaneció de pie, mirando a la señora Rose, quien dijo:

—Gracias, señor Baer. ¿Alguien tiene alguna sugerencia que hacer?

—¡Hay que demandarlos! —dijo una mujer airadamente—. ¡Todos votaremos a favor!

—Publicidad —dijo un hombre—, eso es lo que hay que hacer. El principio es perfectamente claro ante la ley; un chico que paga impuestos se supone que es igual a otro chico que paga impuestos. Podríamos enviar cartas a los periódicos.

—Espere un minuto —dijo el señor Baer—. No creo que pase nada con cartas, pero tengo una firma de relaciones públicas. Les diré que dejen por un rato las especialidades alimenticias y piensen en la escuela. Ellos pueden usar su experiencia y saben cómo hacerlo. Son expertos.

El asunto continuó, pasó a segundo plano y luego se lo abandonó, mientras Murray susurraba a Vladek:

—Él es Mayonesa de Ajo Marijane. Tiene una chica de unos veinte años de muy mal aspecto que la señora Adler trata desde hace tiempo en clases privadas. Compró este edificio para ella, junto con otros dos padres.

Harry Vladek se puso a pensar cómo se sentiría uno siendo un padre que puede comprar un edificio para una escuela que podría ayudar a su hijo, mientras los informes de la comisión continuaban. Algún tiempo más tarde, para desaliento de Harry, el tema se encauzó hacia el aspecto financiero y hubo una votación para recaudar fondos con una velada musical, para lo cual cada pareja con un chico en la escuela debía vender «al menos» cinco pares de localidades a sesenta dólares el par. Solucionemos esto ahora, pensó, y levantó la mano.

—Me llamo Harry Vladek —dijo en cuanto lo advirtieron—, y soy nuevo aquí. En la escuela y en la ciudad. Trabajo para una gran compañía de seguros y tuve la suerte suficiente como para que me transfirieran aquí y mi chico pudiera venir a la escuela. Pero no conozco aún tanta gente como para vender entradas de sesenta dólares. Es una cifra muy respetable para el tipo de gente que trato.

—Es una cifra respetable —dijo la señora Rose— para muchos de nosotros. Usted tiene que tratar de deshacerse de sus entradas, eso pienso. Nosotros también. No importa si lo intenta con cien personas y noventa y nueve dicen que no, si uno de ellos dice que sí.

Se sentó, haciendo cálculos. Bien, está el señor Crine de la oficina. Es soltero y debe ir a conciertos. Quizá si insisto puedo colocar otro par en la oficina. O dos pares. Están entonces, veamos, el negociante de bienes raíces que les había vendido la casa, el abogado que utilizaban para el cierre de operaciones...

Bien. Se le explicó que la matrícula, mientras fuera decididamente no nominal, de hecho ochocientos al año, no cubría los gastos de un chico. Alguien tenía que pagar al terapeuta

conversacional, al terapeuta de danza, al psicólogo de tiempo completo, al psiquiatra de consulta, y a todos los otros, y uno de ellos bien podía ser el señor Crine de la oficina. Y el abogado.

Una hora y media más tarde, la señora Rose buscó algo en su agenda y luego dijo:

—Esto parece ser todo por esta noche. El señor y la señora Perry nos han traído unos pequeños bizcochos muy ricos y todos sabemos que el café de la señora Howe es el mejor del mundo. Nos esperan en el salón de novicios y nos gustaría que todos ustedes se quedaran y pudieran conocerse. Se levanta la reunión.

Harry y los Logan siguieron la amable sugerencia y fueron al salón de novicios donde Tommy pasaba sus mañanas.

—Ésa es la señora Hackett —dijo Celia Logan. Era la maestra de los novicios. Ella los vio y vino hacia ellos, sonriente. Harry sólo la había visto con un guardapolvo informe, su protección contra la leche chocolatada, los dedos con pintura y los repentinos chorros de agua del bebedero que estaba en un rincón del cuarto. Sin él era una hermosa mujer de unos treinta años enfundada en pantalones verdes.

—Estoy contenta de ver a los padres reunidos —dijo ella—. Quiero decirles que sus muchachos se llevan muy bien. Han hecho una especie de complot contra los otros chicos de la clase. Vern roba los juguetes y se los da a Tommy.

—¿Él hace eso?

—Sí, así es. Creo que está empezando a hacer relaciones. Y, señor Vladek, Tommy se saca ahora el pulgar de la boca por algunos minutos. Lo hizo alrededor de una docena de veces esta mañana, y sin que yo tuviera que decirle una palabra.

—Me pareció —dijo Harry excitado— que ahora lo hacía menos. Pero no podía estar seguro. ¿Está usted segura?

—Absolutamente —dijo ella—. Y lo incité a dibujar un rostro. Me estaba observando, con esa mirada furiosa tan suya, mientras los otros dibujaban; entonces comencé a sacarle la hoja. Él se aferró a ella y garrapateó una especie de rostro picassiano en un momento. Quise salvarla para la señora Vladek y usted, pero Tommy la hizo pedazos en la forma metódica con que hace todo.

—Desearía haberla visto —dijo Vladek.

—Habrà otras. Puedo ver el comienzo de progresos reales en sus muchachos —dijo ella, incluyendo a los Logan en su sonrisa—. Esta tarde tuve un caso realmente difícil. Un chico de nueve años, como Tommy. No está mal excepto por un detalle: cree que el Pato Donald se ha escapado para perseguirlo. Sus padres se las habían ingeniado durante dos años para creer que él estaba bromeando, a pesar que en ese lapso rompió tres tubos de televisión. Luego fueron a un psiquiatra y supieron la verdad. Excúseme, quiero hablar con la señora Adler.

Logan sacudió la cabeza y dijo:

—Creo que lo nuestro pudo sin duda ser peor, Vladek. ¡Vern dando algo a otro chico! ¿Qué te parece eso?

—Me alegro mucho —dijo la esposa, radiante.

—¿Escuchaste lo del otro chico? Pobre muchacho. Cuando oigo algo como eso... Y además está la chica Baer. Siempre pensé que era peor cuando es una niña porque, bueno usted sabe, uno se preocupa de las niñas porque siempre piensa que alguien podría aprovecharse de ellas; pero nuestros chicos saldrán adelante, Vladek. ¿Oyó lo que dijo la señorita Hackett?

Harry se sintió súbitamente impaciente por volver a casa y ver a su esposa.

—Creo que no me voy a quedar a tomar el café, ¿o quizá esperan que lo haga?

—No, no, puede salir cuando quiera.

—Tengo media hora de viaje —dijo disculpándose y se dirigió a las puertas de roble dorado, pasó por la fea pero útil escalera de incendios y salió al estacionamiento cubierto de grava. La verdadera razón de su huida era que quería llegar a casa antes que Margaret se durmiera y poderle contar el asunto del pulgar en la boca. Estaban sucediendo cosas, muchas cosas, a pesar que sólo había pasado un mes. Tommy dibujando una cara. Y la señorita Hackett dijo...

Se detuvo en medio de los coches. Recordaba al doctor Nicholson, y además, ¿qué era exactamente lo que la señorita Hackett había dicho? ¿Algo acerca de una vida normal? ¿Nada acerca de una cura? «Progresos reales», había dicho pero, ¿qué grado de progreso?

Encendió un cigarrillo, dio media vuelta y volvió, pasando trabajosamente entre los otros padres para llegar a la señora Adler.

—Señora Adler —dijo—, ¿puedo conversar con usted un momento?

Casi de inmediato ella se alejó con él del murmullo general.

—¿Le gustó la reunión, señor Vladek?

—Oh, seguro. Quería hablar con usted porque tengo que tomar una decisión. No sé qué hacer. Ni tampoco a quién recurrir. Me ayudaría mucho si usted me pudiera decir bien cuáles son las oportunidades que tiene Tommy.

Ella esperó un momento antes de responder.

—¿Está pensando en recluirlo, señor Vladek? —dijo, exigiendo una respuesta.

—No, no exactamente eso. Es que..., bien, ¿qué puede decirme, señora Adler? Sé que un mes no es mucho, pero, ¿alguna vez será como todo el mundo?

Pudo notarle en la cara que ella ya había pasado por todo esto antes y sintió odio.

—«Todo el mundo» —dijo ella pacientemente— incluye también a alguna gente espantosa, a la que nunca, técnicamente, se le puso obstáculos. Nuestro objetivo no es hacer a Tommy como «todo el mundo», sino ayudarlo a transformarse en el mejor y más útil Tommy Vladek que pueda.

—Sí, ¿pero qué sucederá más tarde? Quiero decir, si Margaret y yo..., si algo nos sucede.

Ella estaba dolorida.

—No es fácil saberlo, señor Vladek —le dijo con suavidad—. Yo no perdería las esperanzas, pero tampoco puedo pedirle que espere milagros.

Margaret no estaba dormida, lo estaba esperando en la pequeña sala de estar de la nueva casa.

—¿Cómo está él? —preguntó Vladek, tal como cada uno de ellos había preguntado al otro al regresar a casa durante los últimos siete años.

Ella lo miró como si hubiera estado llorando, pero estaba tranquila ahora.

—No muy mal. Tuve que lidiar con él para llevarlo a la cama. Tomó su remedio bien, creo. Lamió la cuchara.

—Eso es bueno —dijo él y le contó sobre el dibujo de la cara, sobre el complot con el pequeño Vern Logan, sobre el pulgar en la boca. Podía ver lo complacida que estaba, pero ella sólo dijo:

—El doctor Nicholson volvió a llamar.

—¡Le dije que no te molestara!

—Él no me molestó, Harry. Fue muy amable. Le prometí que tú lo llamarías al volver a casa.

—Son las nueve de la noche, Margaret. Lo llamaré en la mañana.

—No, yo le dije que esta noche, no importa lo tarde que sea. Él está esperando y dijo que estaba seguro y que es la ocasión de efectuar el cambio.

—Desearía no haber respondido nunca la carta de ese hijo de perra —explotó él y luego agregó, como disculpándose—: ¿Hay café? Me fui de la escuela sin tomarlo.

Ella había puesto el agua a calentar cuando oyó el gemido del coche en el sendero de entrada y el café instantáneo ya estaba listo. Lo sirvió y dijo:

—Tienes que hablarle, Harry. Él tiene que saberlo esta noche.

—¡Saberlo esta noche! —la remedió brutalmente. Se quemó los labios con el café y dijo—: ¿Qué quieres que haga, Margaret? ¿Cómo puedo tomar una decisión como ésa? Hoy tomé el teléfono y llamé a la asociación de psicólogos, y cuando la secretaria me contestó le dije que era un número equivocado. No supe qué decirle.

—No estoy tratando de presionarte, Harry, pero él tiene que saberlo.

Vladek depositó la taza y encendió el décimo quinto cigarrillo del día. El pequeño comedor —no lo era realmente, era una pequeña pieza de desayuno pegada a la diminuta cocina, pero ellos la llamaban comedor— estaba lleno de Tommy. La extraña pintura formada en la pared donde Tommy había despegado las tazas y cucharas del empapelado. La llave de gas de seguridad sobre el horno, lejos de Tommy. La extraña silla impermeable que desentonaba con las otras sillas de la cocina y donde Tommy clavaba metódicamente el mango de su cuchara.

—Sé lo que diría mi madre —dijo él—. Consulta con un sacerdote. Quizá debiera hacerlo, pero nosotros nunca hemos sido religiosos.

Margaret se sentó y tomó uno de los cigarrillos de él. Aún era una mujer bonita. No había engordado un kilo desde que Tommy nació, pero se la veía por lo general muy cansada.

—Estuvimos de acuerdo, Harry —dijo ella, cuidadosa y francamente—. Dijiste que le hablarías a la señora Adler y ya lo has hecho. Dijimos que si ella no creía que Tommy se pondría normal hablaríamos con el doctor Nicholson. Sé que es duro para ti y sé que yo no te ayudo mucho, pero no sé qué hacer y quiero que tú tomes la decisión.

Harry miró a su esposa, con cariño y desesperación al mismo tiempo, y en ese momento sonó el teléfono. Era el doctor Nicholson, por supuesto.

—Todavía no me he decidido —dijo Harry Vladek de un tirón—. Me está apurando demasiado, doctor Nicholson.

La voz distante era calma y segura.

—No, señor Vladek, yo no lo estoy apurando. El corazón del otro chico se detuvo hace una hora. Eso es lo que lo está apurando.

—¿Quiere decir que está muerto? —gritó Vladek.

—Está colocado en el corazón artificial, señor Vladek. Podemos mantenerlo ahí al menos dieciocho horas, quizá veinticuatro. El cerebro está perfecto. Obtenemos muy buenas ondas con el osciloscopio. La comparación de tejidos con los de su chico es satisfactoria. Hay un vuelo del aeropuerto Kennedy a las seis y cuarto de la mañana y he reservado asientos para usted, su esposa y Tommy. Me encontrará en el aeropuerto. Usted puede estar aquí al mediodía, de manera que tenemos tiempo. Justo a tiempo, señor Vladek. Ahora todo depende de usted.

—Yo no puedo decidir eso —dijo Vladek con furia—. ¿No lo entiende? No sé qué hacer.

—Lo comprendo, señor Vladek —dijo la voz distante y, extrañamente, pensó Vladek, sincera—. Tengo una sugerencia. ¿Quiere venir ahora? Pienso que le ayudará ver al otro chico, hablar con sus padres. Ellos creen que le deben a usted algo por ir adelante con esto y quieren agradecerle.

—¡Oh, no! —gritó Vladek.

—Todo lo que ellos quieren —siguió el doctor— es que su hijo viva. No quieren otra cosa. Le darán a usted la custodia del chico: su chico, suyo y de ellos. Es un muchacho muy educado, señor Vladek. Tiene ocho años. Lee maravillosamente. Hace aerodelismo. Ellos lo dejaron andar en bicicleta porque era muy prudente y seguro. El accidente no fue culpa de él. El camión subió a la vereda y lo atropelló.

—Es como si me estuviera sobornando —dijo roncamente— al decir que puedo cambiar a Tommy por alguien más inteligente y agradable.

—Yo no lo veo así, señor Vladek. Sólo quería que supiera el tipo de chico que usted puede salvar.

—¡Usted no sabe si la operación va a dar resultado!

—No —reconoció el doctor—, no con seguridad. Puedo decirle que hemos hecho transplantes en animales, incluyendo primates, y cadáveres humanos, y un par de casos sin remedio. Pero usted tiene razón, nunca hemos hecho un trasplante a un cuerpo sano. Le he mostrado todos los informes, señor Vladek. Lo hicimos con su propio médico cuando hablamos por primera vez de esta posibilidad, hace cinco meses. Éste es el primer caso desde entonces donde existe correspondencia orgánica y hay una esperanza real de éxito, pero tiene razón, la técnica no está aún probada. A menos que usted nos ayude a probarla. Por eso vale la pena intentarlo, y creo que funcionará. Pero nadie puede estar seguro.

Margaret había salido de la cocina, pero Vladek sabía dónde estaba: había oído el chasquido en el auricular del teléfono. Estaba en el dormitorio escuchando por el otro interno. Por último, él dijo:

—No puedo decidirme ahora, doctor Nicholson. Le llamaré en..., en media hora. No puedo hacer más que eso por ahora.

—Es un buen trato, señor Vladek. Estaré aquí esperando su llamada.

Harry se sentó y bebió el resto de su café. Uno tiene que ser experto en un montón de cosas para sobrevivir, se puso a pensar. ¿Qué es lo que él sabía acerca de los trasplantes de cerebro? En un sentido, bastante. Sabía que esa rama de la cirugía había avanzado mucho, que el rechazo del organismo era un gran problema, pero el doctor Nicholson parecía haberlo superado. Sabía con cuántos doctores había consultado, y ahora estaba de acuerdo en que había probabilidades en la faz médica, pero cuando había llevado la conversación al factor moral todos habían dicho lo mismo. La decisión era de él, no de ellos, dijeron, algunas veces sólo con el silencio. ¿Pero quién era él para decidir?

Margaret apareció en el umbral de la puerta.

—Harry. Vamos arriba y miremos a Tommy.

—¿Se supone que así me será más fácil asesinar a mi hijo?—dijo él con aspereza.

—Ya hemos hablado de eso, Harry —dijo ella—, y estuvimos de acuerdo en que no era asesinato. Pero sea lo que sea creo que Tommy debe estar con nosotros cuando tomemos la decisión, aunque él no sepa lo que sucede.

Los dos se pararon al lado de la cuna demasiado grande que contenía a su hijo, contemplando en la oscuridad los bellos reflejos de la luz que penetraba por la ventana e incidía sobre las regordetas mejillas y los labios fruncidos alrededor del pulgar. Lee. Hace aeromodelismo. Anda en bicicleta. Contra un rápido bosquejo de una cara y la ocasional, apreciada, tempestuosa ráfaga de ásperos besos.

Los Vladek permanecieron allí una media hora y entonces, tal como lo había prometido, él volvió a la cocina, levantó el tubo del teléfono y empezó a marcar.

FIN

